

DE LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA HACIA UNA HERMENÉUTICA DE LO SENSIBLE; APROXIMACIONES DESDE LA PRÁCTICA COTIDIANA

FROM THE PROMOTION OF READING TOWARDS A HERMENEUTICS OF THE SENSIBLE;
APPROXIMATIONS FROM EVERYDAY PRACTICE

Linares Simancas, Juan Joel*
Universidad de Los Andes – Venezuela

Resumen

No es osado pensar, ni mucho menos decir que la promoción del libro y la lectura parecen estar cada día más ausentes de los espacios escolares. Esto aunado a la escasa dedicación que invierte el docente a tan importante tarea, que lejos de ser uno de los ejes fundamentales en la adquisición de conocimientos, termina ocupando los últimos puestos del salón. En este sentido, se propone indagar sobre la naturaleza de estos presupuestos, y desarrollar una poética de la lectura hacia una hermenéutica de lo sensible.

Palabras clave: lectura, sensibilidad, comunidad escolar, maestros.

Abstract

It is not bold to think, let alone say that the promotion of books and reading seem to be increasingly absent from school spaces. This coupled with the lack of dedication that the teacher invests to such an important task, far from being one of the fundamental axes in the acquisition of knowledge, ends up occupying the last positions of the room. In this sense, it is proposed to inquire about the nature of these presuppositions, and to develop a poetics of reading towards a hermeneutics of the sensible.

Keywords: reading, sensitivity, school community, teachers.

Recibido: 13-04-2020 / **Aprobado:** 30/09/2020

*Docente e Investigador. Licenciado en Educación, Castellano y Literatura, Magister en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Los Andes, Trujillo.

Para Benigno Barazarte,
promotor de lecturas y sueños.

Siempre digo que escuchando a los lectores recordamos que el lenguaje no puede ser reducido a un código, a una herramienta de comunicación, a un simple vehículo de informaciones. El lenguaje nos construye.
Michèle Petit.

La lectura dialógica tiene al mundo próximo como entorno alfabetizador. Es el mundo quien enseña al individuo a leerlo y a leerse a sí mismo. Y cuando ya el sujeto ha aprendido esta habilidad, entonces es él quien relee el mundo y se relee a sí, comprendiendo las contradicciones entre este y su persona. A partir de entonces, el ser humano es capaz de cambiar sus circunstancias, reescribir su realidad, transformar su entorno. Es esta posibilidad la que convierte la lectura en un acto político, quizás el más político de todos los actos.
Paulo Freire

Yo promuevo, tú promueves, todos promovemos

A lo largo del camino de la enseñanza uno termina por desarrollar ciertas actitudes que conminan a manifestar o poner en el tapete aspectos que le son fundamentales; además de un sin número de controversias que se generan en torno a la promoción del libro y a su ejercicio o concreción. Esto permite visualizar dos horizontes que constantemente están abrazados, aunque cada quien lo perciba de una manera diferente, cada uno de acuerdo a sus experiencias de vida, costumbres o incluso tradiciones. El primer horizonte estaría centrado en el acto mismo de la promoción que abre la posibilidad de ofrecer por medio de una mediación los recursos para que todo aquel que se involucre tenga la vivencia real de estar asistiendo plenamente a un ejercicio cuyo centro sea precisamente el placer y no la obligación de leer, o que es lo mismo, la reproducción fiel y exacta de los textos que ofrece el sistema o los programas asignados para tales fines. Y el segundo, que contempla la articulación en cuanto a procedimientos y métodos en torno a él.

En este sentido, y si hacemos un balance en cuanto a las penosas actividades que en materia de promoción del libro diríamos que estamos cada vez más alejados de sus anheladas intenciones. Digamos de lo que se intenta o pretender llevar a cabo en un salón de clases. Promover la lectura implica en este sentido, desarrollar ciertas acciones que no casi siempre están presentes en el contexto de los individuos que se involucran directa o indirectamente. Cada vez es más distante la experiencia que trae consigo el niño o el joven para darle paso a un esquematismo absoluto donde se privilegia lo concerniente a una historia ajena y sin sentido. La promoción y la enseñanza de “la lectura, desde esta perspectiva, queda convertida en un diagnóstico necropatológico que apunta a la descripción anatómica de un cuerpo sin vida propia, carente de calor y de voz” (Peña, 1997: 496).

Llama la atención, el enorme número de investigadores y sus supuestos aportes a la colectividad, sobre los avances y contribuciones en torno al problema: de la errada práctica educativa, y sus enrevesados métodos de enseñanza y aprendizaje. Además de los distintos eventos, simposios, líneas de investigación y especialidades sobre la materia, lo cual parece indicar una profunda preocupación que atañe - al parecer - a un grupo cada vez más reducido que confieren una importancia mayor a la situación planteada. Aunado a esto, la evidente separación que existe entre universidades, institutos de educación superior, grupos de investigadores con los planteles educativos, certifica que cada quien anda en los suyos. No conforme con esto, la apatía y la escasa dedicación que invierte el docente de aula a dicha práctica que más que a una aburrida y pasada de moda forma de conocer y experimentar otros asuntos de la vida, terminan por sepultar “la magia de los libros”, y de su tan discutida promoción ubicándola en los últimos puestos del salón.

Linares Simanca, Juan Joel

De la promoción de la lectura hacia una hermenéutica de lo sensible; aproximaciones desde la práctica cotidiana (págs. 93-101)

Sin contar que el maestro o los que se dedican a la tarea de instruir terminan por repetir los desvencijados modelos que en otrora fueron sus métodos de enseñanza. No los culpamos del todo, la experiencia arranca cuando hemos hallado sentido en la palabra. Ese primer escaqueo o asomo que es el vínculo entre la capacidad que se tiene cuando nos enfrentamos y nos hacemos parte de la palabra por medio del texto.

Una sensibilidad que se percibe sólo cuando se ha aprehendido el mundo del lenguaje que es promovido desde la acción de la lectura como hecho concreto. De allí que la enseñanza pasa necesariamente por tener y contemplar ciertos condicionantes primarios que permiten el afianzamiento de ciertas normas para crear desde el contexto escolar, el estímulo y una posible apertura hacia el sentido que el propio texto como acontecimiento estético busca o intenta descubrir en nosotros. Para ello ha dicho Fernández (1996):

Desde luego, si la lectura y la escritura no se armonizan con las exigencias, deseos de los alumnos, perderá todo sentido práctico y funcional para convertirse en un tedioso ejercicio que lo sigue alejando de su marco ecológico y lo vuelve un imitador inerte más que un creador. (Fernández: 18).

De allí que la ardua tarea que tiene quien enseñe las primeras letras debe ser antes que nada un conocedor de su propia experiencia, que en resumidas cuentas: un individuo que halle resonancia para construirse desde el propio texto, generando en su conjunto, una serie de acontecimientos particulares de vida, y que pueda ofrecer esa percepción en los otros. Según Petit "Para transmitir amor por la lectura, y en particular por la lectura literaria, es preciso haberlo experimentado" (Petit, 2006:65).

Desde esta perspectiva el que ose promover la lectura como ejercicio pleno debe ser ante todo un poseedor y un oidor de experiencias vitales que contrarresten lo ominoso del referente que trae

consigo. Digamos, para establecer los posibles nexos entre las primeras revelaciones y posibles evidencias de lo real que demanda o pretende hacernos ver el mundo. Este llamado de atención parece indicar un profundo cuestionamiento con nuestras primeras lecturas lo cual supone desaprender ciertas actitudes y trampas que suelen presentarse en el camino. La excusa varía como mecanismos para no ponernos en situación, y que la solución del asunto está en nosotros mismos. Lo cierto es que cada quien debe asumir la tarea consciente de no seguir repitiendo los mismos patrones de conducta o como diría el maestro Prieto Figueroa siendo los mismos analfabetos intelectuales que tanto daño y deterioro ocasionan.

Con esto no intento desacreditar y menos poner en tela de juicio los procedimientos, técnicas, métodos y teorías acerca de la promoción de la lectura. Importantes han sido los aportes que, en materia de lectoescritura y apreciación literaria, además de talleres que suelen ofrecerse en ferias y foros parece indicar, a menos parcialmente, que el problema no radica en el abordaje sistemático, ni mucho menos práctico del asunto. El problema se centra fundamentalmente en la forma cómo se maneja la lectura, y las actividades que se desarrollan en torno a ellas; como la copia del dictado, la evaluación de la lectura en voz alta, la memorización, producen, por la distorsión de sus verdaderas funciones, el efecto contrario a crear el gusto por la lectura. Cabe apuntar una vez más, que "EL NIÑO NO APRENDE EN EL AULA, EL DOCENTE NO ENSEÑA. El docente actúa o puede actuar como mediador de lecturas que el niño realiza de los textos con los cuales establece relación" (Peña, 1997: 496).

A parte de lo anterior, las innumerables dificultades que debe enfrentar el docente, debido a muchos factores que debe acarrear como consecuencia de una política educativa caduca y sin sentido.

Una enorme cantidad de enfoques técnicos administrativos obnubilan el panorama a razón de ser, según los expertos, los conocimientos y procedimientos necesarios para abordar tales situaciones. Sin sumar la carencia de recursos y las realidades culturales, sociales, políticas e incluso ideológicas que bordean al maestro o promotor.

El asunto es que el docente, antes de serlo debió, al menos eso dice el perfil del egresado, “contribuir y desarrollar competencias en materia de escritura y de lectura”, cuestión que casi no lo tiene presente, pues es más fácil repetir la cartilla que indagar sobre los contextos y realidades de nuestros estudiantes. Contextos cada vez más ausentes de los programas que nunca los han contemplado como parte de sus currículas.

Cada vez es más frecuente hallar la opacidad en los espacios escolares, proyectos educativos alejados de la vida, incluso, son constantes los diversos lenguajes que se tejen en torno al miedo y a la catástrofe en contraposición a una metodología de los afectos o de la sensibilidad, que consiste además, en desarrollar actitudes más cercanas y por ende, más afectivas con los otros que también se involucran en el mismo acto lector. En este mismo sentido, esta misma metodología ofrece una suerte de acercamiento hacia las palabras que son generadas desde una profunda interrelación con el contexto, y que constituye en un caudal de discursos extraacadémicos. Además de esto, la relación de diálogo entre los individuos como manifestación plena hace que los primeros encuentros con el texto estén contaminados de un profundo amor, y no en un procedimiento en que el placer y la felicidad estén al margen, tal como lo ha señalado con bastante preocupación la investigadora Margot Carrillo Pimentel (2011).

El aprendizaje se ha convertido en un acontecimiento en el que la novedad, la emoción

o el entusiasmo por las cosas que nos pasan u ocurren alrededor, brillan por su ausencia. La primera gran aventura, el primer gran encuentro con los libros y la lectura que posiblemente ocurrió cuando paradójicamente no sabíamos leer, quedan dramáticamente frustrados al momento en que, por fin, creímos comenzar a descubrir de qué iba ese acto extraño y misterioso con el que “los grandes” nos intrigan por mucho tiempo. (p: 36)

Y es que ese “extraño y misterioso”, acto del cual nos habla Carrillo ha sido y sigue estando bajo la mirada ordenadora que silencia y desplaza todo acontecimiento que propicia precisamente la lectura. Con lo cual queda al margen toda aquella manifestación de libertad que genera acciones directas de gran importancia como el diálogo, la comprensión y la interpretación de la realidad. De manera que la experiencia, o versión social que trae consigo el niño es sistemáticamente desarticulada, incluso impugnada para dar paso a los esquemas tradicionales que rigen las políticas educativas cada vez más alejadas del contexto cultural de los que participan en el proceso de construcción de aprendizajes.

Un sinfín de aspectos formales que pudiéramos enumerar constata esta aseveración. Para Arrellano citado por Pilar Figueroa (2009).

La caligrafía, la ortografía, la puntuación y la sintaxis en desmedro de la composición y la producción de ideas. Por lo tanto, la práctica escolar que caracteriza dicho modelo se circunscribe a la transmisión del saber, a la repetición de contenidos y al desarrollo de situaciones de aprendizaje descontextualizadas que no ofrecen a los alumnos posibilidades reales de insertarse en una sociedad que exige la presencia y desempeño de individuos críticos, reflexivos y autónomos(p:19)

Con lo cual, la lectura vendría a ser y a resignificar el sentido próximo que tiene quien ose desarrollar actitudes hacia el encuentro con el texto, y con ello la

fenomenología de la voluntad que se emprende cuando leemos o simplemente escribimos, puesto que el acto de la lectura y la escritura es una suerte de indagación de nosotros mismos y la de los otros, es decir, la experiencia que nos otorga la lectura y su praxis nos permite establecer ese puente de reflexión en torno a esa realidad tangible que diariamente construimos desde que asumimos la tarea de aprender, tal como lo ha puntualizado la escritora venezolana Lydda Franco Farías, (2007), cuando señala que la lectura es un constante descubrir, una conciencia que a ratos devela esas primigenias experiencias, lo cual nos pone en situación, nos ubica, nos orienta para confrontar, para confrontarnos en una relación de diálogo siempre atento a la realización de un sentido que es en definitiva la comprensión del mundo y de la circunstancias más cercana.

Es en este sentido, el propio ejercicio del cual Proust denominó la forma más auténtica de los afectos, y del placer y de la que pasa inadvertida por nuestras prácticas, aunque cotidianas, atraviesan el leve y amoroso encuentro con el lenguaje del cual no puede, ni debe reducirse a un código o a una simple herramienta de comunicación, o de información. La lectura, así como otras manifestaciones humanas, deben darse y ofrecerse a partir de un acto comunicativo real, cuya esencia radique fundamentalmente en la libertad, y no en la imposición o atiborrado empeño por transgredir el efecto que causa el texto y su auténtico sentido que rebasa lo comúnmente y hartamente conocido por la tradición escolar o académica.

De manera que la promoción del libro, así como el de la lectura, antes de partir de un sesudo empeño debe incidir en los sujetos que la promueven, para ser posteriormente sentido en los niños y niñas, puesto que estos “no aprenden cuando no comprenden o cuando no están interesados. Bajo esta premisa, es

“necesario evitar en la escuela situaciones de lenguaje sin sentido porque se corre el riesgo de que los estudiantes se alejen de la lengua escrita” (Romo citado por Pilar Figueroa, 2009).

De esta manera la promoción no sería un acontecimiento aislado de ninguna índole. Antes bien, la construcción de un sujeto desde los horizontes de la lectura y la escritura necesita ser, antes que hacer, y desde allí instaurar nociones que nos permita elaborar un esquema cuyo sentido no esté abrazado a los requerimientos absolutistas que acaban por desplazar o entretener nuestros objetivos en torno al texto.

Una poética que ofrezca al que promociona la posibilidad real de desembocar en una hermenéutica de lo sensible, propuesta que nace de la ciencia del espíritu y que consiste en desarticular toda estructura que aminore la voluntad plena del sujeto. Una hermenéutica que no sólo establezca mecanismos de interpretación del texto, sino también del mundo, donde el lector y su contexto son puestos de manifiesto. Una hermenéutica de lo sensible que logre poner en relieve los sentidos que tanto el lector como su mundo poseen y que logre contrarrestar su mundo interior y haga tambalear sus estructuras impuestas por el poder. No sin antes caer en cuenta, además, que el meollo está no solo en los distintos métodos que coloquemos en el tapete, mucho antes, debe existir una plena conciencia del lenguaje, de lo contrario toda empresa que pongamos en funcionamiento, así como los distintos tratamientos en torno a la promoción del libro y de la lectura, podrían quedar al margen, si no tenemos al lenguaje como uno de los primordiales asuntos. “Mientras el lenguaje sea en la escuela una materia más, que se enseña y se maneja como si de un objeto ajeno o extraño a nuestra experiencia se tratara, su aprendizaje será de igual modo ajeno, extraño e incompleto” (Carrillo, 2011: 6-7).

Lejos de escandalizarnos y apartar quizás en mayor o menor medida las responsabilidades debemos tener claro que la idea, es tan sencilla como compleja. Lo que significa que la solución no está tan alejada, así como el tiempo que podamos invertir, no solo en la promoción de la lectura en el aula, o en cualquier contexto donde nos encontremos, sino de poner en ejercicio permanente aquello cuyo centro nos ha ocupado en la mayoría de las situaciones en que el acto de la lectura tiene un sentido cónsono también con nuestras experiencias de vida.

Aquella recomendación que nos haría la antropóloga francesa Michèle Petit en relación a la construcción de hombres y mujeres por medio de la lectura, parece tener vigencia además de tener cabida en tanto que la experiencia con el propio acto de promocionar y divulgar un texto literario sería lo que ocupe los primeros requerimientos a la hora de generar acciones directas en los sujetos que activamente se involucran. En este sentido, hacer que el texto como acontecimiento estético nos circunde y se haga parte de nosotros, es decir, a partir del reconocimiento del propio texto y de un sujeto sensible puestos como centro y que sea el mismo texto que construya al sujeto una plena conciencia de lo que es y no de lo que pretende consolidar el sistema educativo como forma manifiesta del poder. De no ser así la experiencia de la enseñanza y de una posible promoción o adquisición de estrategias para el abordaje de la lectura en contextos escolares pasaría por ser un contenido más en la cadena de insoportables materias que se acumulan en la mente de los pequeños.

La lectura como proceso por medio del cual se sugiera, es decir, más que conminar: una acertada y profunda invitación que mueva al sujeto lector, que lo dinamice y lo haga partícipe de sus propias experiencias. Para Fernández (1996)

La lectura debe acompañarse, necesariamente, de una gestión persuasiva más que impositiva (...) *puesto que*¹, nos movemos en un entorno cifrado, en ciudades letradas que siempre esperan ser leídas. Las familias y la escuela deberían encaminar sus esfuerzos a convencer al niño, desde temprano, de lo útil y gratificante que tiene ese juego de acertijo que representa la simbolización grafemática de la palabra. (p: 18). (1en cursiva nuestro)

Esta lectura de la cual propone Fernández es iniciática y nace a partir de ese primer oleaje con la experiencia. Y pensamos que la lectura, como proceso dinámico debe ser antes que un atiborrado mecanismo para cubrir un fastidioso programa de estudio, en una actividad del placer. Que sea el texto el epicentro del encuentro con la vida, que nos permita desarrollar una metodología antes señalada que contrarreste lo meramente referencial; que sea el deseo de aprender lo que prevalezca. Además, es importante insistir en el reducido acceso que se tiene con los buenos libros, a ratos accidentada difusión en medios no solo escolares, también comunitarios. Lo cierto es que, tanto el libro como su oportuna y acertada promoción no escapan de lo real que muchas veces nos obsede, nos paraliza y nos arrincona.

Lo que implica en lo sucesivo, establecer puentes de diálogo, enfrentar y confrontarnos en esa búsqueda, muchas veces enconados desencuentros que acaban por desanimar nuestras más sólidas convicciones.

De igual manera, esa misma relación de diálogo que emprendemos cuando asistimos a la lectura en los distintos escenarios de acción deben estar contaminada de una auténtica acción humana. Más allá de un soslayado tratamiento que nos separa de su verdadera intención; una profunda y acertada historia debe imponerse ante cualquier asomo de falsa maniobra o imbricado capricho.

La lectura como conversación que constata la libertad será lo que nos permita entender y comprender el sentido que todo texto contiene. Insistir en una idea harta aprendida por todos aquellos a quienes la experiencia, muchas veces, nos ciega y nos vuelve resistentes a los cambios y a las nuevas exigencias que el mundo parece demandar. Lo cual permitiría establecer de nuevo los nexos con esa lectura nueva, y que sea el contexto lo que mueva los intereses y deseos de quienes por convicción y amor hacia las palabras crean con fuerza las posibilidades de diálogo con los otros a través del lenguaje.

Que sea la escuela y la comunidad los escenarios propicios para emprender una campaña de reflexión en torno a la conversa, al intercambio y al siempre valioso recurso de “esos animales de oro” que son las palabras. De allí que la iniciativa siempre esté atenta a los requerimientos y demandas de los espacios de significación, para así poder establecer un orden dialógico en función de un discurso real, que invite a la realización y a la acción de hechos concretos, y no en una mera acumulación de conceptos que solo han puesto a los sujetos al margen de todo acto creador.

Una propuesta que siempre ha resultado válida y honrosa es que la promoción de la lectura como estrategia para acercar, más que para separar es una de las asignaciones pendientes que tenemos. Asumirlas con responsabilidad es una de las exigencias que todo docente, bibliotecario y promotor deberían tener en cuenta. Esto con la convicción que es una de las tareas, aunque accidentada muchas veces de establecer formas voluntarias que acerquen el texto con los sujetos. Tal como lo ha sugerido la antropóloga Michèle Petit, “introducir a los niños – y a los adultos – a una mayor familiaridad, a una mayor naturalidad en el acercamiento a los textos escritos” (Petit, 2006:29). Creo que esta idea pudiera resultar.

Educar bajo esta premisa, constituye una loable labor, en tanto que representa, un espacio cuyo sentido

está abrazado a procesos intersubjetivos de gran importancia, teniendo en cuenta que la lectura es y será el escenario para la expresión, la reflexión y el diálogo sostenido con nuestros semejantes. Además de permitir el afianzamiento de procesos sensible hacia el reconocimiento del lenguaje como única vía exclusiva de todo acto creador. El lenguaje como meta clave para el rescate de los afectos y de la libertad.

Este sería un gratificante acontecimiento, y por supuesto un excelente comienzo, lo que equivale a impulsar la escuela nueva, que genere y produzca sentido en los niños y en los jóvenes, que sugiera más que imponer su doctrina y su reiterada forma de dominación, que prepare a los sujetos y los haga protagonistas de sus propias historias. Una escuela que dialogue desde la diversidad y la diferencia, que se aproxime a nuestra condición de seres parlantes, y que propicie la palabra como acaecimiento esplendente, que sea de hombres y mujeres para la consolidación de una sociedad democrática justa y equilibrada. Solo así los sujetos podrán transformar por medio de la lectura su entorno, incluso su circunstancia más próxima. Que sea la lectura el proceso por medio del cual estos mismos actores estén firmemente conscientes de la relevancia e importancia de este acto comunicativo, y que fomente desde esta mirada la transformación real de estos. Solo así pudiéramos hablar de una hermenéutica y de una lectura capaz de promover el sentido como herramienta para el desarrollo y el afianzamiento de una sociedad que demandamos, además de seguir profundizando en la escuela que queremos.

Volverse el verdadero horizonte a aquello cuyos escenarios dábamos por perdido o sencillamente habíamos olvidado parcial o completamente. Una lectura que nos haga críticos y verdaderamente dialógicos con nuestros semejantes. Aquella recomendación que nos haría la docente e investigadora Margot Carrillo Pimentel, acerca de los

beneficios que nos trae la lectura, parece hoy tener mayor presencia cuando notamos con desproporcionada atención el escaso o quizás descuido en relación a la situación expuesta. Nos causa asombro que muy a pesar de la inmensa cantidad de métodos, y estrategias que solemos poner en práctica no son suficientes para confrontar las carencias y debilidades que se nos presentan en el día a día. Si no tomamos a la lectura y al lenguaje como ejercicios constantes y cotidianos, todos nuestros intentos serán fallidos, a ratos infructuosos y quebradizos. Una lectura que convide desde nuestras experiencias lo que somos en esencia, que nos haga partícipes de una historia que siempre hemos aspirado. Una lectura que nos permita decir, más que una reiterada historia que suele imponérsenos desde que el humano ser es concebido, una palabra, una lengua que sea nuestra y no la de los otros.

Aprender a leer, y en este sentido, aprender a promoverla como parte de una agenda que en muchas ocasiones es un acontecimiento ajeno a nuestras experiencias de vida, es desarrollar y desaprender acciones y actitudes que están cada vez más separadas de nuestras cotidianidades o formas que comúnmente hemos construido en sociedad. De ser así, la enseñanza y la promoción de la lectura quedarán relegadas a un simple y apático “diagnóstico necropatológico” que lejos de otorgarnos el sentido mágico de las palabras o de ofrecernos en una gama de posibilidades una suerte de felicidad, tal como lo habría querido Borges que solo al lector le es conferida, terminan por sepultarlas, olvidándolas para siempre. Una preocupación constante y a ratos reiterativa ha sido y sigue siendo la enseñanza de la lectura y la escritura en el aula cuyo centro de interés lo sigue ocupando la obligatoriedad por encima del goce que el texto literario posee. Quizás como lo ha señalado con bastante precisión el docente Pablo Peña: “Tal vez el deber ha desplazado al placer, en el espacio escolar”

(Peña, 1997: 497). Lo que se traduce en un problema que siempre nos ha afectado no sólo como propulsores de una agenda muchas veces prestada e inventariada, controlada desde el poder, auspiciadora que niega y desplaza toda suerte de empresa con lo cual no nos otorga el reconocimiento supremo de las cosas más elementales de la vida, sino que, por el contrario, la práctica que se genera desde los diversos escenarios de la enseñanza terminan toda aspiración de verdad, y los sueños confinados en el olvido. De manera que la lectura se vuelca también en una suerte de responsabilidad, no sólo con nosotros, sino que además permite una vez más, el afianzamiento de ciertas voluntades que se logran consolidar en el tiempo: instancia que paulatinamente va socavando nuestro interior como lectores lo cual constituye un asidero oportuno y acertado.

Referencias

- Bernal, L. 1996. El libro complementario y el libro recreativo. Educación: N° 89. 34-40.
- Carrillo, M. 2011. Saber leer en la escuela. Una aproximación a los aspectos históricos y metodológicos del asunto. (18): Estética: 33-45.
- Fernández, J.J. 1996. La escuela, la lengua, el conflicto. Educación. N° 89:15-20.
- Figueroa P. 2009. Escribir no es copiar. La enseñanza de la lengua escrita una experiencia en aula. Caracas: El Nacional. 125 p.
- Franco, L. 2007. Reflexiones sobre la lectura, escritura y los maestros. Kuruvinda. N° 1: 51-53.

Lerner D. 2008. Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario. México. Fondo de Cultura Económica. 220 p.

Peña, P. ¿Acaso enseñamos Literatura? En Memorias del XXIII Simposio de Docente e Investigadores de la Literatura Venezolana. Trujillo: Itaca, p. 495-498.

Petit, M. 2006. Lecturas: del espacio íntimo al espacio público. México: Fondo de Cultura Económica. 168 p.

Prieto Figueroa L. 2010. La magia de los libros. Caracas: Fundación Editorial El perro y La rana. 124 p